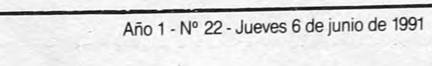
SUPLEMENTO DE Página/12



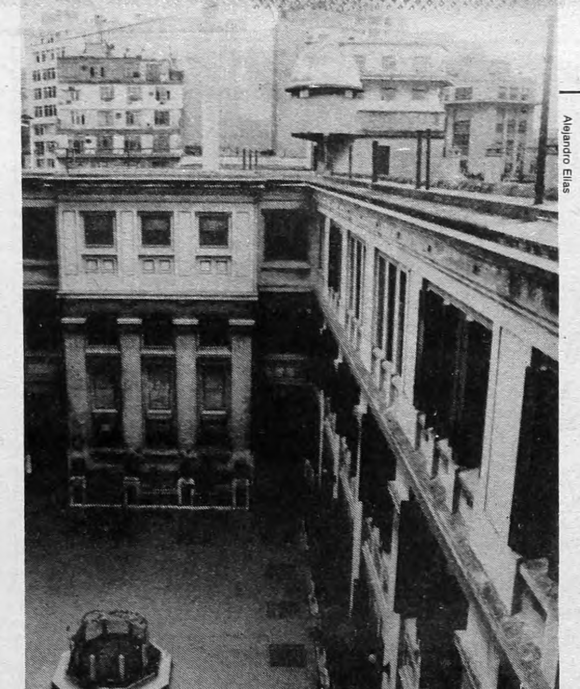
METROPOLIS

Alejandro Elías

Sobre su existencia se murmuraba durante la colonia como una de las rarezas, en este caso arquitectónicas, de los jesuitas; pero públicamente recién en 1848 se reconoció "una galería subterránea que llevaba hasta el Hospital de Hombres". Las construcciones de edificios, el alcantarillado y la ubicación de otros servicios en el subsuelo porteño revelaron la red de túneles que en el centro de Buenos Aires corrían de sur a norte y de este a oeste, cavados por la Compañía de Jesús para interconectar templos, conventos y residencias, utilizados luego para la defensa de la ciudad, el contrabando y el tráfico ilegal de esclavos. Un tramo habilitado en la Manzana de las Luces permite la expansión de la claustrofobia del visitante desde el Colegio Nacional de Buenos Aires hasta la vereda opuesta de la calle Alsina, cincuenta metros más lejos.

EL TUNEL

Los senderos subterráneos de Buenos Aires



Alejandro Elías

Los túneles coloniales de Buenos

OTRA CIUD OCULTA

Historias militares —con todo tipo de leales y rebeldes—, operaciones de contrabando y tráfico ilegal de esclavos tuvieron en común el escenario de los túneles que corren bajo Buenos Aires, construidos entre los siglos XVII y XVIII por los jesuitas con el propósito original de conectar conventos, residencias e iglesias.

"Me parece que no quiero entrar", insinuó la chica apenas puesto un pie dentro de uno de los túneles coloniales habilitado del circuito que recorre el subsuelo de la Manzana de las Luces. El resto de los paseantes entraba sin fobia alguna, detrás del guía del Instituto de Investigaciones Históricas de la manzana. "Catacuuuumbas, desmoronamiento", se burlaban los amigos de la chica que ingresaban dejándola en la puertita del sótano del Colegio Nacional de Buenos Aires, última muestra de material de construcción actual. Provocada, empezó a caminar no sin antes exigir garantías sobre el aire, la iluminación y la imposibilidad de derrumbes. El guía explicaba el sentido de las marcas raspadas en la tierra de las paredes abovedadas —huellas de la mano de obra indígena—, de la irregular ondulación del recorrido de la galería —debida al propósito de defensa, pues impedía disparar en línea recta a más de diez metros— y de las prolongaciones laterales —"chicotes", tramos bien derrumbados o inconclusos, bien almacenes de armamentos o provisiones—, cuando alguien preguntó en qué lugar se encontraban los visitantes en ese momento. "Estamos en la esquina de Moreno y Alsina, pero del otro lado de la calle", respondió el guía. Habían recorrido poco más de cincuenta metros bajo tierra y encorvados por la baja altura de la galería húmeda. La chica decidió que quería salir de allí.

Se supone que los fragmentos de túneles descubiertos en el subsuelo del barrio de San Telmo tenían una integración reticular durante la colonia, ideada por los jesuitas. "No me cabe duda de que la intrincada red de galerías subterráneas fue construida con el asesoramiento de los padres jesuitas —señala Carlos Krieger en su libro *Túneles con misterio*—, particularmente hábiles en la materia." La afirmación es más bien una inferencia, pues sus probables constructores lo fueron también de templos y colegios de la orden y "sus nombres, Juan Kraus, Juan Bautista Prímoli y Andrés Bianchi, entre otros, aparecen de continuo al estudiar la arquitectura del viejo Buenos Aires. Por otra parte —sigue su argumentación Krieger—, este tipo de construcción fue adoptada por los jesuitas en Misiones, tal como lo demuestra el levantamiento topográfico de las ruinas del pueblo de San Ignacio Miní llevado a cabo en 1899".

En ese momento hacía ya bastante que se hablaba de esas extrañas construcciones, presumiblemente hechas en su totalidad entre los siglos XVII y XVIII. La primera noticia apareció el 17 de abril de 1848 en *La gaceta mercantil*, que menciona la posible existencia de una galería subterránea que conducía hasta el Hospital de Hombres, ubicado en la calle del Comercio (la actual Humberto I) justo frente a dos edificios realizados por los jesuitas, la iglesia dedicada a Nuestra Señora de Belén y una casa residencial. Al mes siguiente el diario confirma la información al publicar un informe del jefe de Policía: "La primera vía subterránea, de que se ha hablado desde tiempo inmemorial se halla debajo de la calle Potosí (Alsina en el presente), es decir, atravesando el templo de San Ignacio hasta una de las casas que fueron de don José María Coronel, casas que pertenecieron antiguamente a la extinguida Compañía de Je-

PARQUE AVELLANEDA

1×1 LOS

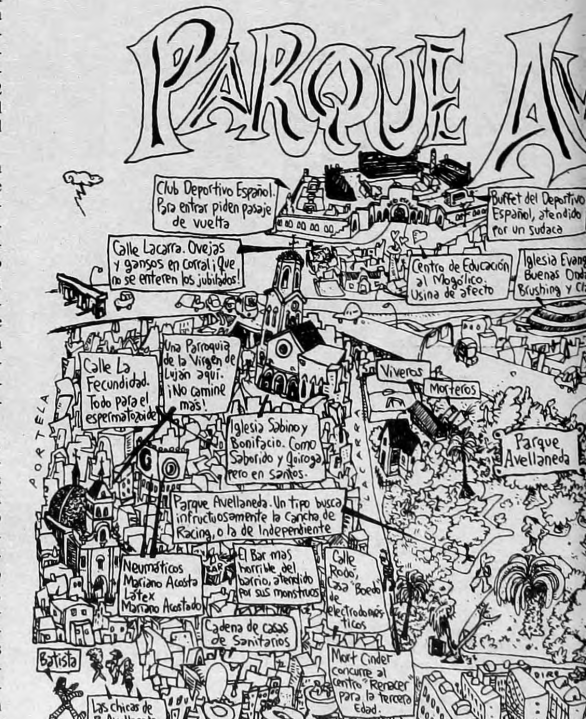
Su delimitación oficial en los planos de la ciudad de Buenos Aires se señaló por primera vez en 1972 y el nombre del parque, que alcanza por extensión al barrio, reemplazó al de Domingo Olivera, vigente apenas por unos meses, cuando en una sesión del 10 de noviembre de 1914 el Concejo Deliberante decidió homenajear en el aniversario de su muerte al ex presidente Nicolás Avellaneda. Así las cosas, la falta de relación entre la figura recordada y la historia de la zona explican en parte la confusión que los mismos vecinos del Parque Avellaneda tienen cuando intentan ubicar al barrio. Hay quien dice que es Floresta, quien puntualiza Floresta Sur, quien prefiere Flores Sur, casi Mataderos. "Casi todos ignoran que este barrio, a pesar de lo reciente de su delimitación y lo extraño de su denominación tiene muy antiguas raíces propias que lo identifican", se ofuscan los miembros del Centro de Estudios Sociales y Actividades Vecinales Parque Avellaneda.

Apenas ocho años después de la fundación de Buenos Aires, Juan Torres de Vega y Aragón, un adelantado —en el sentido que ese término tuvo durante la conquista—, comenzó el reparto de tierras que entonces integraban el Pago de la Matanza, hacia el oeste de Flores. Se trataba de chacras —chácaras— de quinientas varas de frente hacia la barranca del Riachuelo y una legua de fondo tierra adentro, situadas en una zona llamada Isla del Pozo —la actual parte sur de Floresta— , una arboleda casi boscosa. En 1756 se registra el primer propietario, el presbítero José González Islas, dueño de una extensión limitada entre el Riachuelo y las actuales Juan B. Justo, Lacarra y Escalada. Destinada al descanso y recreación de las internas en el Colegio de Huérfanas de la Hermandad de la Santa Caridad, se la conocía como Chácara de las Huérfanas o Chácara de los Remedios, pues el colegio estaba bajo el patrocinio de la Señora de los Remedios. En 1761 les llegó al presbítero y a las chicas el primer vecino: Francisco Alvarez Campana, inmigrante desde Cádiz y uno de los propietarios más ricos de Buenos Aires por ser apoderado de los más importantes comerciantes españoles del Río de La Plata y el Alto Perú. Su terreno estaba limitado entre Lacarra, Mariano Acosta, el Riachuelo y Alvarez Jonte, y de la buena vecindad resultó la asociación comercial con el prebístero.

Cuando Bernardino Rivadavia ordenó la confiscación de los bienes de las órdenes religiosas, las huérfanas se quedaron sin recreo y la chacra fue alquilada hasta que en 1828 Domingo Olivera —cuyo nombre se recordó en el primer bautismo del Parque, en marzo de 1914— la compró. La producción de pan y las actividades de un tambo, destinadas a surtir a la población vecina de San José de Flores, reemplazaron a las oraciones de las huérfanas; los hijos de Olivera, que heredaron la propiedad a su muerte, continuaron el negocio y lo ampliaron con la cría de ganado ovino, vacuno, caballar y porcino, para terminar convertidos en algunos de los hacendados que en 1866 fundaron la Sociedad Rural Argentina. la Chacra de los Remedios fue una de las últimas zonas ganaderas de la ciudad a principios de este siglo: todavía se criaban vacas y caballos cuando la municipalidad porteña pensaba en comprar el terreno para constuir un parque público en el perímetro establecido por Lacarra, Directorio, Moreto y Laferrere, adquisición realizada el 5 de marzo de 1912 y completada con la inauguración del parque, como Domingo Olivera, el 28 de marzo de 1914.

En 1919 un sector fue destinado a la primera Colonia de Vacaciones de Niños Débiles por iniciativa del socialista Antonio Zaccagnini; la tradición infantil del lugar parecía continuarse, luego de otros usos como el que le dio en diciembre de 1852 el general Hilario Lagos, que estableció el cuartel general del Ejército de la Confederación, que puso sitio a la ciudad de Buenos Aires, en la Chacra de los Remedios, requisada a Olivera, entonces juez de Paz de San José de Flores.

Escalada, Juan Bautista Alberdi, Mariano Acosta, Directorio, Portela, Dellepiane, Lacarra y Castañares son las calles que, por ordenanza 26607/72, hacen de cordón al barrio Parque Avellaneda, dividido brutalmente por la autopista Perito Moreno, "que en pos del progreso abrió una gran herida en el tejido urbano, dejó dos zonas sin suficiente comunicación y transformó espacios útiles en residuales", en palabras de los vecinos del Centro de Estudios. Barrio de inmigrantes alejado del centro, Parque Avellaneda mantiene un estilo de vida de familia y hasta de siesta, con edificaciones de principios de siglo en convivencia con monoblocks.



Los túneles coloniales de Buenos Aires

OTRA CIUDAD OCULTA


Alejandro Elías

Historias militares —con todo tipo de leales y rebeldes—, operaciones de contrabando y tráfico ilegal de esclavos tuvieron en común el escenario de los túneles que corren bajo Buenos Aires, construidos entre los siglos XVII y XVIII por los jesuitas con el propósito original de conectar conventos, residencias e iglesias.

"Me parece que no quiero entrar", insinuó la chica apenas puesto un pie dentro de uno de los túneles coloniales habilitado del circuito que recorre el subsuelo de la Manzana de las Luces. El resto de los paseantes entraba sin fobia alguna, detrás del guía del Instituto de Investigaciones Históricas de la manzana. "Catacuuuumbas, desmoronamiento", se burlaban los amigos de la chica que ingresaban dejándola en la puertita del sótano del Colegio Nacional de Buenos Aires, última muestra de material de construcción actual. Provocada, empezó a caminar no sin antes exigir garantías sobre el aire, la iluminación y la imposibilidad de derrumbes. El guía explicaba el sentido de las marcas raspadas en la tierra de las paredes abovedadas —huellas de la mano de obra indígena—, de la irregular ondulación del recorrido de la galería —debida al propósito de defensa, pues impedía disparar en línea recta a más de diez metros— y de las prolongaciones laterales —"chicotes", tramos bien derrumbados o inconclusos, bien almacenes de armamentos o provisiones—, cuando alguien preguntó en qué lugar se encontraban los visitantes en ese momento. "Estamos en la esquina de Moreno y Alsina, pero del otro lado de la calle", respondió el guía. Habían recorrido poco más de cincuenta metros bajo tierra y encorvados por la baja altura de la galería húmeda. La chica decidió que quería salir de allí.

Se supone que los fragmentos de túneles descubiertos en el subsuelo del barrio de San Telmo tenían una integración reticular durante la colonia, ideada por los jesuitas. "No me cabe duda de que la intrincada red de galerías subterráneas fue construida con el asesoramiento de los padres jesuitas —señala Carlos Krieger en su libro *Túneles con misterio*—, particularmente hábiles en la materia." La afirmación es más bien una inferencia, pues sus probables constructores lo fueron también de templos y colegios de la orden y "sus nombres, Juan Kraus, Juan Bautista Prímoli y Andrés Bianchi, entre otros, aparecen de continuo al estudiar la arquitectura del viejo Buenos Aires. Por otra parte —sigue su argumentación Krieger—, este tipo de construcción fue adoptada por los jesuitas en Misiones, tal como lo demuestra el levantamiento topográfico de las ruinas del pueblo de San Ignacio Miní llevado a cabo en 1899".

En ese momento hacía ya bastante que se hablaba de esas extrañas construcciones, presumiblemente hechas en su totalidad entre los siglos XVII y XVIII. La primera noticia apareció el 17 de abril de 1848 en *La gaceta mercantil*, que menciona la posible existencia de una galería subterránea que conducía hasta el Hospital de Hombres, ubicado en la calle del Comercio (la actual Humberto I) justo frente a dos edificios realizados por los jesuitas, la iglesia dedicada a Nuestra Señora de Belén y una casa residencial. Al mes siguiente el diario confirma la información al publicar un informe del jefe de Policía: "La primera vía subterránea, de que se ha hablado desde tiempo inmemorial se halla debajo de la calle Potosí (Alsina en el presente), es decir, atravesando el templo de San Ignacio hasta una de las casas que fueron de don José María Coronel, casas que pertenecieron antiguamente a la extinguida Compañía de Jesús, anterior a su primera expulsión, y en la cual daban aquellos padres ejercicios espirituales".

En efecto, el circuito integrado por dos ramas principales, una de sur a norte y otra de este a oeste, con diversas prolongaciones, parecía "obedecer a un plan general de comunicaciones entre los conventos que datan de la época colonial", según describió en 1904 Blas Vidal en *Caras y caretas* su excursión por los túneles. "Uno de ellos va de la calle Piedras y Alsina, donde está el convento de San Juan, hasta la calle Defensa, atravesando el Museo Nacional, la Facultad de Ingeniería y las iglesias de San Ignacio y San Francisco. Sucesivos hundimientos en el Mercado del Centro y en la esquina de Perú y Alsina prueban la existencia de esa comunicación de nueve metros de alto por siete de ancho —exagera—, desde el punto de vista de arquitectos e ingenieros que estudiaron las galerías subterráneas, con el techo abovedado. Hacia el otro lado —prosigue Vidal su descripción—, "este mismo camino corta en ángulo recto en la Iglesia de San Francisco, atraviesa por la calle Victoria (la actual Hipólito Yrigoyen), entre Defensa y Bolívar, y sigue en dirección a la calle Viamonte". El artículo asegura que el túnel pasa por el Convento del Salvador y sigue por la esquina de Riobamba y Paraguay hasta el antiguo Convento de las Irlandesas.

Alejandro Elías

Bajo el Colegio Nacional de Buenos Aires, un túnel de cincuenta metros.

Defensa de la ciudad, contrabando y tráfico de esclavos eran sus fines.

Las chucherías de Rosas

En agosto de 1909 también el diario *La Nación* se ocupó de "Los subterráneos de Buenos Aires", como tituló la serie de cuatro artículos referidos a los hallazgos que se realizaron mientras la Asistencia Pública saneaba el subsuelo. Primero aparecieron a seis metros de profundidad en Bolívar al 100 dos cámaras unidas por un corredor. Pero luego, excavando en un viejo edificio de Moreno entre Bolívar y Perú, donde vivió Juan Manuel de Rosas, se descubrieron "extrañas construcciones subterráneas, donde lo más llamativo es el complicado sistema de acceso a los sótanos, a los que sólo se arriba recorriendo angostos pasillos emparedados, vale decir, bien disimulados en el volumen del grueso muro". A lo largo del recorrido se encontraron algunos objetos, inventariados finalmente: un pedazo de plato con el retrato de Napoleón I, un bozal, dos cuernos, nueve cucharas, tres tenedores, cinco cuchillos, varias botellas, una cacerola de cobre, cinco tinteros, una espada, una bayoneta, un pito, dos vasos de noche, una puerta en pedazos con su cerrojo, un mate, un embudo, una canilla, dos trozos de mármol y varios de loza; conjunto de porquerías que permitieron especular con otros usos de los túneles además del de conexión entre conventos e iglesias.

"Algo más había como dato preciso, pues cuando hace algunos años, en 1865 —agrega el artículo de *La Nación*—, se construyó la puerta de entrada al mercado —se trata del viejo Mercado Central de Alsina y Perú—, al excavar para fundar los cimientos de los pilares, los obreros encontraron una bayoneta y cabellos de mujer". En realidad se trataba de trenzas, no precisamente de damiselas sino de los soldados del Regimiento de Patricios, cuyo corte fue ordenado por Manuel Belgrano y provocó una sublevación, el Motín de las Trenzas de 1811, porque los militares las defendían como parte de su uniforme. Nuevas excavaciones confirmaron la hipótesis de los mechones al revelar la compañía de objetos nada propios de una señorita: una culata de fusil, tres cartucheras, un cuchillo con mango de madera, una pistola, una taza y un plato de loza.

También Héctor Greslebin sostuvo, en su artículo "Los subterráneos secretos de la Manzana de las Luces", que el uso militar de los túneles fue más que probable. Estudiante de arquitectura cuando la facultad funcionaba, junto con otras, en el edificio de la universidad ubicado en Perú y Alsina, Greslebin accedió de un modo curioso al conocimiento de las galerías: "Fue en el mes de abril de 1912. (...) Una mañana, con algunos compañeros de estudios, penetramos en las galerías subterráneas por un hundimiento producido en el salón de dibujo, sobre la calle Perú. Este accidente tuvo como origen el haberse efectuado la excavación preparatoria para una columna, lo que significa que se desconocía en absoluto la naturaleza del subsuelo. Se había puesto al descubierto una galería estrecha, que corría a pocos metros del nivel del suelo. A ella descendimos en tren de exploración algunos de nosotros, reconociéndola en un largo trayecto por debajo de la calle Perú y en dirección a la llamada Casa de la Virreina, ubicada en Perú y Belgrano. A la tenue luz de nuestras velas aparecían algunos macizos de cimientos que interrumpían parcialmente la sección de la galería, de coronamiento abovedado, que en toda su extensión se hallaba practicada en tierra firme. Luego se nos prohibió el acceso a dicho lugar y el descubrimiento cayó en el olvido por varios años".

Greslebin consiguió, una vez recibido, permiso para relevar los túneles, a lo que se dedicó largo tiempo. Estableció el recorrido de la red principal y de sus prolongaciones y encontró, con extrañeza, que "excepto el subterráneo que va de Este a Oeste, el resto presenta frecuentes 'chicotes' o prolongaciones de la excavación hacia los costados". Uno de ellos le llamó la atención en particular: según el arquitecto, había sido apresuradamente construido para minar en 1806 el emplazamiento de una parte de los invasores británicos, el Regimiento 71 de Highlanders, asentado en La Ranchería, conjunto de viviendas precarias levantadas por los jesuitas antes de la expulsión de la orden en 1767 por Carlos III en Perú y Alsina. La calle Perú funcionó como trinchera, y luego como desagote de la sangre de los soldados muertos, y Greslebin creía que, "por las características de este tramo del túnel y por su estratégica ubicación, este chicote era el túnel practicado por los ingenieros catalanes Felipe Sentenach y Gerardo Esteve y Llach, dispuesto a hacer volar el fuerte y el cuartel de los ingleses, para llegar al subsuelo del asentamiento del Regimiento 71".

Túnel, chiche, apto todo destino

De las tres explicaciones más frecuentes sobre el uso de las galerías subterráneas, la primera se refiere a la defensa de la ciudad. "Buenos Aires era una ciudad que tentaba a corsarios de todas las banderas y que soportaba el asedio de las tribus indígenas. Resulta entonces sugestivo —opina Krieger— que no se la proveyera de sólidos medios de defensa. Sin embargo salió airosa de todos los embates. Hay que pensar que poseía una eficaz defensa no visible, y en este razonamiento no cabe duda de que los túneles constituyen la única respuesta. Estas construcciones no tenían carácter domiciliario sino que, formando galerías y recintos, se conectaban constituyendo una verdadera red que era sólo conocida a la perfección por determinadas personas. El hecho de que conectaran distintas iglesias con el mismo Fuerte tiene también una explicación: las iglesias eran sin duda los únicos edificios altos de la ciudad desde donde podía verse a gran distancia; ante la amenaza de un peligro, por mar o por tierra, se lograba avisar rápidamente a la guarnición del Fuerte para alertarla".

En oposición, Ruth Tiscornia señala en su trabajo *Túneles sin misterio* que si el fin hubiera sido la defensa, los gobernadores habrían aprovechado de otro modo los túneles y habrían hablado de ellos en su correspondencia con el rey. "Y sin embargo, ni una sola palabra, ni una referencia. Por otra parte —agrega—, los peligros fueron más figurados que reales, pues los bancos del río eran la mejor defensa de la ciudad y los presuntos ataques de piratas fueron sólo una de las pantallas que usó reiteradamente el contrabando", segunda explicación, por la que se inclina Tiscornia como única verosímil: "Su convergencia, o zona más intrincada, en la actual Plaza de Mayo, no sólo apuntaba al Fuerte sino también a la Aduana". Su olvido después de la instauración del libre comercio apoya esa idea.

Una tercera hipótesis observa que el contrabando no era mal mirado por los administradores que enviaba la metrópolis, en más de una ocasión buenos colaboradores y hasta asociados con el comercio ilegal; en consecuencia, no era tan necesario pasar frío en las humedades subterráneas cuando se conocía a quién ofrecerle un "diego". No era el mismo caso el de la introducción ilícita de negros esclavizados, para lo cual sí podían servir los túneles conectados probablemente con los descubiertos en Recoleta, también cerca del río pero lejos del centro. Cita Krieger el texto *Buenos Aires Colonial*, de José Pillado: "Los dueños de esclavos los alojaban en sótanos o habitaciones abovedadas construidas bajo el nivel del suelo en algunas casas de los colonos dedicados a ese comercio, muy productivo, porque despachados clandestinamente para las estancias o con las tropas de carretas que marchaban al interior, pasaban fácilmente al otro lado de los Andes, donde obtenían buenos precios".



PARQUE AVELLANEDA

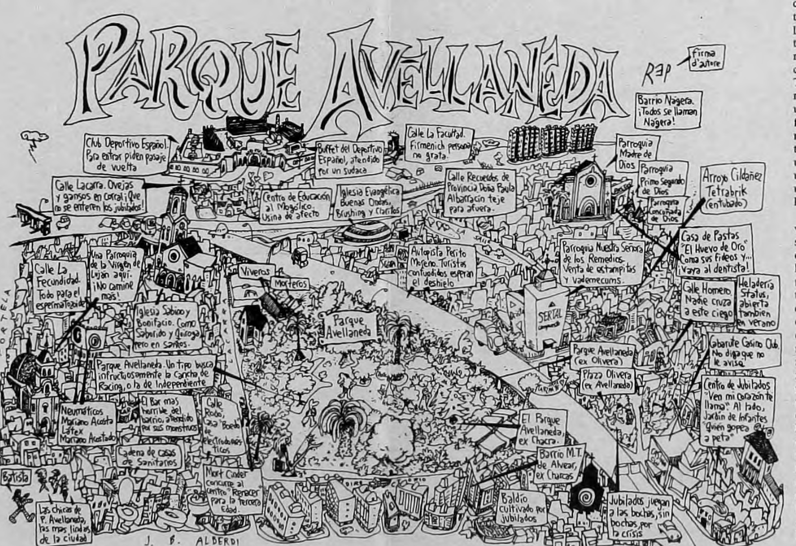
Su delimitación oficial en los planos de la ciudad de Buenos Aires se señaló por primera vez en 1972 y el nombre del parque, que alcanza por extensión al barrio, reemplazó al de Domingo Olivera, vigente apenas por unos meses, cuando en una sesión del 10 de noviembre de 1914 el Concejo Deliberante decidió homenajear en el aniversario de su muerte al ex presidente Nicolás Avellaneda. Así las cosas, la falta de relación entre la figura recordada y la historia de la zona explican en parte la confusión que los mismos vecinos del Parque Avellaneda tienen cuando intentan ubicar al barrio. Hay quien dice que es Floresta, quien puntualiza Floresta Sur, quien prefiere Flores Sur, casi Mataderos. "Casi todos ignoran que este barrio, a pesar de lo reciente de su delimitación y lo extraño de su denominación tiene muy antiguas raíces propias que lo identifican", se ofuscan los miembros del Centro de Estudios Sociales y Actividades Vecinales Parque Avellaneda.

Apenas ocho años después de la fundación de Buenos Aires, Juan Torres de Vega y Aragón, un adelantado —en el sentido que ese término tuvo durante la conquista—, comenzó el reparto de tierras que entonces integraban el Pago de la Matanza, hacia el oeste de Flores. Se trataba de chacras —chácaras— de quinientas varas de frente hacia la barranca del Riachuelo y una legua de fondo tierra adentro, situadas en una zona llamada Isla del Pozo —la actual parte sur de Floresta— , una arboleda casi boscosa. En 1756 se registra el primer propietario, el presbítero José González Islas, dueño de una extensión limitada entre el Riachuelo y las actuales Juan B. Justo, Lacarra y Escalada. Destinada al descanso y recreación de las internas en el Colegio de Huérfanas de la Hermandad de la Santa Caridad, se la conocía como Chácara de las Huérfanas o Chácara de los Remedios, pues el colegio estaba bajo el patrocinio de la Señora de los Remedios. En 1761 les llegó al presbítero y a las chicas el primer vecino: Francisco Alvarez Campana, inmigrante desde Cádiz y uno de los propietarios más ricos de Buenos Aires por ser apoderado de los más importantes comerciantes españoles del Río de La Plata y el Alto Perú. Su terreno estaba limitado entre Lacarra, Mariano Acosta, el Riachuelo y Alvarez Jonte, y de la buena vecindad resultó la asociación comercial con el prebístero.

Cuando Bernardino Rivadavia ordenó la confiscación de los bienes de las órdenes religiosas, las huérfanas se quedaron sin recreo y la chacra fue alquilada hasta que en 1828 Domingo Olivera —cuyo nombre se recordó en el primer bautismo del Parque, en marzo de 1914— la compró. La producción de pan y las actividades de un tambo, destinadas a surtir a la población vecina de San José de Flores, reemplazaron a las oraciones de las huérfanas; los hijos de Olivera, que heredaron la propiedad a su muerte, continuaron el negocio y lo ampliaron con la cría de ganado ovino, vacuno, caballar y porcino, para terminar convertidos en algunos de los hacendados que en 1866 fundaron la Sociedad Rural Argentina. la Chacra de los Remedios fue una de las últimas zonas ganaderas de la ciudad a principios de este siglo: todavía se criaban vacas y caballos cuando la municipalidad porteña pensaba en comprar el terreno para constuir un parque público en el perímetro establecido por Lacarra, Directorio, Moreto y Laferrere, adquisición realizada el 5 de marzo de 1912 y completada con la inauguración del parque, como Domingo Olivera, el 28 de marzo de 1914.

En 1919 un sector fue destinado a la primera Colonia de Vacaciones de Niños Débiles por iniciativa del socialista Antonio Zaccagnini; la tradición infantil del lugar parecía continuarse, luego de otros usos como el que le dio en diciembre de 1852 el general Hilario Lagos, que estableció el cuartel general del Ejército de la Confederación, que puso sitio a la ciudad de Buenos Aires, en la Chacra de los Remedios, requisada a Olivera, entonces juez de Paz de San José de Flores.

Escalada, Juan Bautista Alberdi, Mariano Acosta, Directorio, Portela, Dellepiane, Lacarra y Castañares son las calles que, por ordenanza 26607/72, hacen de cordón al barrio Parque Avellaneda, dividido brutalmente por la autopista Perito Moreno, "que en pos del progreso abrió una gran herida en el tejido urbano, dejó dos zonas sin suficiente comunicación y transformó espacios útiles en residuales", en palabras de los vecinos del Centro de Estudios. Barrio de inmigrantes alejado del centro, Parque Avellaneda mantiene un estilo de vida de familia y hasta de siesta, con edificaciones de principios de siglo en convivencia con monoblocks.



Aires

DAD



Bajo el Colegio Nacional de Buenos Aires, un túnel de cincuenta metros.
Defensa de la ciudad, contrabando y tráfico de esclavos eran sus fines.

sús, anterior a su primera expulsión, y en la cual daban aquellos padres ejercicios espirituales''.

En efecto, el circuito integrado por dos ramas principales, una de sur a norte y otra de este a oeste, con diversas prolongaciones, parecía ''obedecer a un plan general de comunicaciones entre los conventos que datan de la época colonial'', según describió en 1904 Blas Vidal en *Caras y caretas* su excursión por los túneles. ''Uno de ellos va de la calle Piedras y Alsina, donde está el convento de San Juan, hasta la calle Defensa, atravesando el Museo Nacional, la Facultad de Ingeniería y las iglesias de San Ignacio y San Francisco. Sucesivos hundimientos en el Mercado del Centro y en la esquina de Perú y Alsina prueban la existencia de esa comunicación de nueve metros de alto por siete de ancho —exagera—, desde el punto de vista de arquitectos e ingenieros que estudiaron las galerías subterráneas, con el techo abovedado. Hacia el otro lado —prosigue Vidal su descripción—, ''este mismo camino corta en ángulo recto en la Iglesia de San Francisco, atraviesa por la calle Victoria (la actual Hipólito Yrigoyen), entre Defensa y Bolívar, y sigue en dirección a la calle Viamonte''. El artículo asegura que el túnel pasa por el Convento del Salvador y sigue por la esquina de Riobamba y Paraguay hasta el antiguo Convento de las Irlandesas.

Las chucherías de Rosas

En agosto de 1909 también el diario *La Nación* se ocupó de ''Los subterráneos de Buenos Aires'', como tituló la serie de cuatro artículos referidos a los hallazgos que se realizaron mientras la Asistencia Pública saneaba el subsuelo. Primero aparecieron a seis metros de profundidad en Bolívar al 100 dos cámaras unidas por un corredor. Pero luego, excavando en un viejo edificio de Moreno entre Bolívar y Perú, donde vivió Juan Manuel de Rosas, se descubrieron ''extrañas construcciones subterráneas, donde lo más llamativo es el complicado sistema de acceso a los sótanos, a los que sólo se arriba recorriendo angostos pasillos emparedados, vale decir, bien disimulados en el volumen del grueso muro''. A lo largo del recorrido se encontraron algunos objetos, inventariados finalmente: un pedazo de plato con el retrato de Napoleón I, un bozal, dos cuernos, nueve cucharas, tres tenedores, cinco cuchillos, varias botellas, una cacerola de cobre, cinco tinteros, una espada, una bayoneta, un pito, dos vasos de noche, una puerta en pedazos con su cerrojo, un mate, un embudo, una canilla, dos trozos de mármol y varios de loza; conjunto de porquerías que permitieron especular con otros usos de los túneles además del de conexión entre conventos e iglesias.

''Algo más había como dato preciso, pues cuando hace algunos años, en 1865 —agrega el artículo de *La Nación*—, se construyó la puerta de entrada al mercado —se trata del viejo Mercado Central de Alsina y Perú—, al excavar para fundar los cimientos de los pilares, los obreros encontraron una bayoneta y cabellos de mujer''. En realidad se trataba de trenzas, no precisamente de damiselas sino de los soldados del Regimiento de Patricios, cuyo corte fue ordenado por Manuel Belgrano y provocó una sublevación, el Motín de las Trenzas de 1811, porque los militares las defendían como parte de su uniforme. Nuevas excavaciones confirmaron la hipótesis de los mechones al revelar la compañía de objetos nada propios de una señorita: una culata de fusil, tres cartucheras, un cuchillo con mango de madera, una pistola, una taza y un plato de loza.

También Héctor Greslebin sostuvo, en su artículo ''Los subterráneos secretos de la Manzana de las Luces'', que el uso militar de los túneles fue más que probable. Estudiante de arquitectura cuando la facultad funcionaba, junto con otras, en el edificio de la universidad ubicado en Perú y Alsina, Greslebin accedió de un modo curioso al conocimiento de las galerías: ''Fue en el mes de abril de 1912. (...) Una mañana, con algunos compañeros de estudios, penetramos en las galerías subterráneas por un hundimiento producido en el salón de dibujo, sobre la calle Perú. Este accidente tuvo como origen el haberse efectuado la excavación preparatoria para una columna, lo que significa que se desconocía en absoluto la naturaleza del subsuelo. Se había puesto al descubierto una galería estrecha, que corría a pocos metros del nivel del suelo. A ella descendimos en tren de exploración algunos de nosotros, reconociéndola en un largo trayecto por debajo de la calle Perú y en dirección a la llamada Casa de la Virreina, ubicada en Perú y Belgrano. A la tenue luz de nuestras velas aparecían algunos macizos de cimientos que interrumpían parcialmente la sección de la galería, de coronamiento abovedado, que en toda su extensión se hallaba practicada en tierra firme. Luego se nos prohibió el acceso a dicho lugar y el descubrimiento cayó en el olvido por varios años''.

Greslebin consiguió, una vez recibido, permiso para relevar los túneles, a lo que se dedicó largo tiempo. Estableció el recorrido de la red principal y de sus prolongaciones y encontró, con extrañeza, que ''excepto el subterráneo que va de Este a Oeste, el resto presenta frecuentes 'chicotes' o prolongaciones de la excavación hacia los costados''. Uno de ellos le llamó la atención en particular: según el arquitecto, había sido apresuradamente construido para minar en 1806 el emplazamiento de una parte de los invasores británicos, el Regimiento 71 de Highlanders, asentado en La Ranchería, conjunto de viviendas precarias levantadas por los jesuitas antes de la expulsión de la orden en 1767 por Carlos III en Perú y Alsina. La calle Perú funcionó como trinchera, y luego como desagote de la sangre de los soldados muertos, y Greslebin creía que, ''por las características de este tramo del túnel y por su estratégica ubicación, este chicote era el túnel practicado por los ingenieros catalanes Felipe Sentenach y Gerardo Esteve y Llach, dispuesto a hacer volar el fuerte y el cuartel de los ingleses, para llegar al subsuelo del asentamiento del Regimiento 71''.

Túnel, chiche, apto todo destino

De las tres explicaciones más frecuentes sobre el uso de las galerías subterráneas, la primera se refiere a la defensa de la ciudad. ''Buenos Aires era una ciudad que tentaba a corsarios de todas las banderas y que soportaba el asedio de las tribus indígenas. Resulta entonces sugestivo —opina Krieger— que no se la proveyera de sólidos medios de defensa. Sin embargo salió airosa de todos los embates. Hay que pensar que poseía una eficaz defensa no visible, y en este razonamiento no cabe duda de que los túneles constituyen la única respuesta. Estas construcciones no tenían carácter domiciliario sino que, formando galerías y recintos, se conectaban constituyendo una verdadera red que era sólo conocida a la perfección por determinadas personas. El hecho de que conectaran distintas iglesias con el mismo Fuerte tiene también una explicación: las iglesias eran sin duda los únicos edificios altos de la ciudad desde donde podía verse a gran distancia; ante la amenaza de un peligro, por mar o por tierra, se lograba avisar rápidamente a la guarnición del Fuerte para alertarla''.

En oposición, Ruth Tiscornia señala en su trabajo *Túneles sin misterio* que si el fin hubiera sido la defensa, los gobernadores habrían aprovechado de otro modo los túneles y habrían hablado de ellos en su correspondencia con el rey. ''Y sin embargo, ni una sola palabra, ni una referencia. Por otra parte —agrega—, los peligros fueron más figurados que reales, pues los bancos del río eran la mejor defensa de la ciudad y los presuntos ataques de piratas fueron sólo una de las pantallas que usó reiteradamente el contrabando'', segunda explicación, por la que se inclina Tiscornia como única verosímil: ''Su convergencia, o zona más intrincada, en la actual Plaza de Mayo, no sólo apuntaba al Fuerte sino también a la Aduana''. Su olvido después de la instauración del libre comercio apoya esa idea.

Una tercera hipótesis observa que el contrabando no era mal mirado por los administradores que enviaba la metrópolis, en más de una ocasión buenos colaboradores y hasta asociados con el comercio ilegal; en consecuencia, no era tan necesario pasar frío en las humedades subterráneas cuando se conocía a quién ofrecerle un ''diego''. No era el mismo caso el de la introducción ilícita de negros esclavizados, para lo cual sí podían servir los túneles conectados probablemente con los descubiertos en Recoleta, también cerca del río pero lejos del centro. Cita Krieger el texto *Buenos Aires Colonial*, de José Pillado: ''Los dueños de esclavos los alojaban en sótanos o habitaciones abovedadas construidas bajo el nivel del suelo en algunas casas de los colonos dedicados a ese comercio, muy productivo, porque despachados clandestinamente para las estancias o con las tropas de carretas que marchaban al interior, pasaban fácilmente al otro lado de los Andes, donde obtenían buenos precios''.

BARRIOS



PASEN Y VEAN

CENTRO CULTURAL RECOLETA

Junín 1930
(entrada libre)

EXPOSICIONES

• *Barrios, cinco libros, treinta dibujos,* fotografías y textos sobre los barrios porteños. En la Sala 13, hasta el 10 de junio, de martes a viernes entre 14 y 21 y de 10 a 21 los sábados, domingos y feriados.
• *Homenaje a tres grandes*, de Ferro, Oswal y Wadel. En el Espacio Historieta, hasta el 24 de junio y en el mismo horario.
• *Imágenes del Angel Gris*, muestra de Carlos Terribili. En la Sala 4, hasta el 16 de junio y en el horario habitual.
• *Relatos reunidos*, muestra de Tulio de Sagastizábal. En la Sala 11, hasta el 16 de junio y en el mismo horario.
• *De manzanas y otras cosas*, exposición de Enriqueta Aguiló. En la Sala 20, hasta el 16 de junio y en el horario habitual.
• *Figuras*, muestra de César Rossi. En el pasillo de la Sala 13, hasta el 16 de junio y en el horario habitual.
• *Pablo de Monte, pinturas*. En la Sala Primer Espacio A, hasta el 10 de junio y en el horario habitual.
• *Graciela Campanini, pinturas*. En la Sala Primer Espacio B, hasta el 10 de junio y en el mismo horario.
• *La invitada nuclear*, obras de Miriam Ber. En la Sala Primer Espacio C, hasta el 10 de junio y en el mismo horario.
• *Historias de Perlesvaus*, muestra de Marta Cali. En la Sala 22, hasta el 16 de junio y en el horario habitual.

TEATRO

• *La rosa de papel*, de Ramón del Valle Inclán, dirigido por Francisco Javier. Con la colaboración del Instituto de Cooperación Iberoamericana (ICI), el viernes a las 21, en el Auditorium.
• *¿Que no...?*, de Antonio Fernández Ferrer, Christian Boyer y Jesús Cracio, quien a su vez está a cargo de la dirección. Basado en los Ejercicios de estilo de Raymond Queneau. El sábado a las 21, en el Auditorium.

MUSICA

• La baldosa, fusión folklórica. El grupo que integran Osvaldo González, Eduardo del Aguila, Roberto Moreno y Hernán Mandelman se presenta este sábado a las 18.30 en el Auditorium.
• Arnolda Hirsch, Gabriel Capuselli y Carlos Ginzburg interpretarán obras de Bach, Rameau, Albéniz, Quantz, Ibert, Boimortier y Vivaldi este domingo a las 18.30 en el Auditorium.

ESPACIO NIÑO

• *Dale que te canto*, comedia musical infantil de Santiago Doria, a cargo también de la dirección. El sábado y el domingo a las 16, en el Auditorium.

CENTRO CULTURAL GENERAL SAN MARTIN

Sarmiento 1551
(entrada libre)

TEATRO

• *La nona*, obra de Roberto Cossa, con dirección de Mario Rolla e interpretación de Tincho Zabala y Ricardo Bauleo. Todos los viernes, sábados y domingos de junio a las 21.30, en la Sala Enrique Muiño.
• *Creciendo con el cuerpo*, teatro, danza y música para niños, según trextos de Perla Laske, a cargo también de la dirección. Interpretado por Marta López Pardo y Aníbal Silveyra. Todos los sábados y los domingos de junio, a las 16, en la Sala Enrique Muiño, con una entrada de diez mil australes.
• *Tragicomedia selvática del que perdió la coronita*, títeres del Grupo Sombras, dirigidos por Antonio Español, autor de la obra también. Los domingos a las 17.30 en la Sala Juan Bautista Alberdi.
• *Rockefeller en el Lejano Oeste*, texto de humor absurdo de René de Obaldía, interpretado por el Grupo Pepe Biondi y dirigido por Ricardo Miguelez. Los domingos a las 19.30 en la Sala Juan Bautista Alberdi.

MUSICA

• También en el *Ciclo Nuestras Músicas*, Julio Lacarra presentará hoy a las 21.30 en la Sala Enrique Muiño el espectáculo *Vuelo profundo*, en el que lo acompañan Federico Mizrahi y Luis D'Agostino. La entrada tiene un valor de quince mil australes.

DANZA

• *Ciclo de Danza Contemporánea*. Las coreografías *Mascaradas* y *¡Qué... Buenos Aires!*, de Malvina Straga, integran el programa a ofrecerse este domingo a las 21.30 en la Sala Enrique Muiño.

CINE

• *Cineclub infantil*, ciclo de Víctor Iturralde y Rosario Luna, los sábados a las 18, en la Sala Juan Bautista Alberdi.

TEATRO MUNICIPAL GENERAL SAN MARTIN

Corrientes 1530

TEATRO

• *Los invertidos*, de José González Castillo en adaptación de Alberto Ure, a cargo también de la dirección. Con la actuación de Antonio Grimau, Cristina Banegas, Tony Vilas y elenco. En la Sala Casacuberta, martes a las 21.30 y de miércoles a sábado a las 22.30
• *El gran circo criollo*, de Ariel Bufano, por el grupo de Titiriteros del TMGSM. Sábados y domingos a las 16, en la Sala Martín Coronado.
• *La secreta obscenidad de cada día*, de Marco Antonio de la Parra, con dirección de Francisco Javier. En la Sala Cunil Cabanellas, a las 22.30 entre miércoles y sábados y a las 21 los domingos.
• *Y ahora... ¿qué hacemos?*, musiconferencia de Carlos Abrevaya y Rubén Berna, con la actuación del Cuarteto Zupay. En la Sala Casacuberta, de miércoles a sábados a las 20 y a las 21 los domingos.

CINE

• *Ettore Scola, una revisión*. Ciclo organizado por la Fundación Cinemateca Argentina en la Sala Leopoldo Lugones. Hoy, *Un día muy particular*, con Sophia Loren y Marcello Mastroianni; mañana, el sábado 8 y el domingo 9, *Splendor*, con Mastroianni, Massimo Troisi y Marina Vlady; el martes 11, *Los nuevos monstruos*, dirigida junto con Scola por Dino Risi y Mario Monicelli, con Vittorio Gassman, Ugo Tognazzi, Alberto Sordi y Ornella Muti; y el miércoles 12, *Pasión de amor*, con Bernard Giraudeau, Laura Antonelli y Jean Louis Trintignant. Con cuatro funciones diarias, a las 15, a las 17.30, a las 20 y a las 22.30.

DANZA

• *Tango por dos*, coreografía y dirección de Miguel Angel Zotto y Milena Plebs. Desde pasado mañana, en la Sala Martín Coronado, los miércoles y los jueves a las 21.30, los viernes y los sábados a las 22. y los domingos a las 20.30.

MUSICA

• Aníbal Arias, guitarra. Con la organización del Centro de Divulgación Musical (CDM), hoy a las 19 en el Hall Central.
• Pablo Enriquez, candombe. Con la organización del CDM, mañana a las 19 en el Hall Central.
• Chany Suárez, música latinoamericana, el sábado y el domingo a las 19, en el Hall Central.

FOTOGALERIA

• *Eduardo Grossman, retratos*. Todos los días, de 16 a 24, hasta el 23 de junio. Con entrada libre y gratuita.

COMPLEJO TEATRAL ENRIQUE SANTOS DISCEPOLO

Corrientes 1659

• *Soplando una historia a los cuatro vientos*, de Jorge Polanuer, con dirección de Toti Glusman, integrantes ambos del Grupo Cuatro Vientos, que interpreta la obra infantil sobre la historia de la música. Los sábados y los domingos a las 17.30.
• *Danzando en el Discépolo*, muestra permanente de danza. Este miércoles 12 a las 21 se presentará el Ballet Studio de Buenos Aires que dirige Nela Frexas. *Ragtime, Campamento gitano* y el tercer acto de *El lago de los cisnes* son algunas de las obras que se interpretarán.

MUSEOS MUNICIPALES

MUSEO DE ARTE ESPAÑOL ENRIQUE LARRETA
Juramento 2991

• Títeres en el Larreta, muestra de Colección Museo Argentino del Títere, de la Fundación Mané Bernardo y Sarah Bianchi. De lunes a viernes de 9 a 13 y de 15 a 19.45; sábados y domingos de 15 a 19. Hasta el 16 de julio.

MUSEO DEL CINE PABLO DUCROS HICKEN
Sarmiento 2573

• *Cine Argentino, Cine mudo, Retratos de pioneros y Afiches del cine sonoro argentino*, muestras permanentes del museo, de lunes a viernes entre las 9 y las 16.

MUSEO DE LA CIUDAD
Alsina 412

• Qué exposición, mi exposición, de lunes a viernes entre las 11 y las 19, domingos de 15 a 19.

MUSEO DE ESCULTURAS LUIS PERLOTTI
Pujol 649

• *Mario Arrigutti*, exposición en homenaje a los noventa años del escultor. De martes a sábados, entre las 13 y las 19.
• *Curso de experimentación en forma y color*, a cargo de Ricardo Roux. Para mayores de catorce años, el taller funcionará los lunes de 18.30 a 21.30, hasta el mes de noviembre. Informes e inscripción en el museo.

INSTITUTO HISTORICO DE BUENOS AIRES

Córdoba 1556

• *Buenos Aires en los museos, seminario de historia urbana*. En actividad hasta octubre próximo, durante el mes de junio trabajará en la Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Históricos y en el Museo Roca. Informes en la sede de IHBA o al 42-9370.

VARIETE
(Entrada libre)

• El anfiteatro Pablo Casals del Paseo La Plaza (Corrientes 1660) presenta sus actividades libres y gratuitas: hoy, a las 13, la Urbana, música popular, y a las 18.30 el quinteto El Quartetazo, fusión; mañana, a las 13, salsa con La Tuquera, y a las 18.30, pop rock con Sedadá; el sábado 8, a las 15.30, Silbando bajito, infantil, y a las 18.30, Rabat, fusión flamenca; el domingo 9, a las 17.30, Hispanoparlante, funk; el lunes 10, a las 15.30, Los Jockers Rockers, infantil, y a las 18.30, música ciudadana con Nuevos Aires; el martes 11, a las 13, Quique Sinesi e invitados, música popular, y a las 18.30, Somos, grupo vocal; el miércoles 12 a las 13, el dúo Malosetti Iricibar, fusión, y a las 18.30, Siglo XXX, música ciudadana.
• *La calle de los títeres*. Parte del Programa Cultural en Barrios, todos los domingos a partir de las 15 en Baigorri y Caseros (Barracas) se desarrollan al aire libre talleres creativos para chicos, completados desde las 16 por funciones de espectáculos de títeres, siempre con entrada libre y gratuita.